

LECTIO DIVINA

III DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Domingo de la Palabra de Dios

(26 de enero 2025)

Neh 8,2-6.8-10

Sal 18

1Cor 12,12-30 Lc 1,1-4; 4,14-21

TEMA

La liturgia de este domingo nos invita a reflexionar sobre la Palabra de Dios: ella es el centro alrededor del cual se articula y se construye la comunidad de Dios. Esta Palabra no es una doctrina abstracta, para deleite de los eruditos; pero es, ante todo, un anuncio liberador que Dios dirige a todos los hombres y que se encarna en Jesús y en los cristianos.

La primera lectura describe una magnífica “liturgia de la Palabra”, celebrada en Jerusalén casi cien años después del regreso de los primeros exiliados de Babilonia. La “asamblea de Dios”, reunida en torno a la Palabra, escucha las indicaciones de Dios, se deja interpelar por ellas, siente la llamada a la conversión que la Palabra le dirige... Luego, celebra: el encuentro con la Palabra de Dios es fuente de alegría y esperanza para toda la comunidad.

En el Evangelio, Jesús, en el ambiente de la sinagoga de Nazaret, proclama la Palabra de Dios y la hace presente. Él, la Palabra hecha “carne”, presenta el “programa” que se propone realizar en el mundo: liberar al ser humano de todo lo que le priva de la vida y le roba la dignidad. Con Jesús comienza un tiempo nuevo, un “jubileo” de alegría, de gracia, de paz y de felicidad sin fin.

La segunda lectura presenta la comunidad generada y alimentada por la Palabra liberadora de Dios: es un “cuerpo” (el “cuerpo de Cristo”), formado por muchos miembros, donde cada miembro trabaja por el proyecto común y lo pone al servicio de la comunidad. de todos. los. miembros. los. dones que Dios os ha confiado.

Nehemías 8,2-6.8-10

En aquellos días, Esdras, el sacerdote, trajo el libro de la ley ante la asamblea, formada por los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón.

Era el día primero del mes séptimo, y Esdras leyó desde el amanecer hasta el mediodía, en la plaza que está frente a la puerta del Agua, en presencia de los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón. Todo el pueblo estaba atento a la lectura del libro de la ley. Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera, levantado para esta ocasión. Esdras abrió el libro a la vista del pueblo, pues estaba en un sitio más alto que todos, y cuando lo abrió, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo entonces al Señor, el gran Dios, y todo el pueblo, levantando las manos, respondió: “¡Amén!”, e inclinándose, se postraron rostro en tierra. Los levitas leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicaban el sentido, de suerte que el pueblo comprendía la lectura.

Entonces Nehemías, el gobernador, Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que instruían a la gente, dijeron a todo el pueblo: “Éste es un día consagrado al Señor, nuestro Dios. No estén ustedes tristes ni lloren (porque todos lloraban al escuchar las palabras de la ley). Vayan a comer espléndidamente, tomen bebidas dulces y manden algo a los que nada tienen, pues hoy es un día consagrado al Señor, nuestro Dios. No estén tristes, porque celebrar al Señor es nuestra fuerza”. Palabra de Dios.

AMBIENTE

Inicialmente, los 13 capítulos que componen el Libro de Nehemías y los diez capítulos que componen el Libro de Esdras formaban una unidad (estaban reunidos bajo el título general “Esdras”). En la época cristiana, todo este material apareció dividido en dos partes: el libro de Esdras y el libro de Nehemías. No están claras las razones para dividir el libro inicial en dos textos autónomos.

Los libros de Esdras y Nehemías los sitúan en Jerusalén en el período post-exílico. Se refieren a acontecimientos que van desde el edicto de Ciro en el año 538 a.C. (el edicto que autorizó el regreso a Jerusalén de los exiliados judíos en Babilonia – cf. Esdras 1:1-4), hasta principios del siglo IV a.C. (alrededor del 400 a.C.). Los grandes temas abordados en estos libros son el regreso de los exiliados, la reconstrucción de Jerusalén y del Templo, y la restauración de la nación judía después de los dramáticos años del exilio. Para los judíos que han regresado a Jerusalén, es un tiempo de miseria y desolación: Jerusalén está sin muros y sin puertas; la pobreza de recursos hace que la reconstrucción de la ciudad sea lenta y dolorosa; Los enemigos de Judá acechan y conspiran, tratando de impedir el resurgimiento de la nación judía... El sacerdote y escriba Esdras dirigió un grupo de exiliados (sacerdotes, levitas, porteros, cantores) que, hacia el año 457 a.C., regresaron a Jerusalén (cf. Esdras 7-8). La misión de Esdras consistió principalmente en reorganizar la comunidad en torno al Templo y la Ley de Dios. Nehemías, a su vez, era un alto funcionario judío de la corte de Susa, que llegó a Jerusalén alrededor del año 445 a.C., autorizado por el rey persa Artajerjes (cf. Neh 1-7). Su objetivo principal era la reconstrucción de las murallas de la ciudad (cf. Neh 3-4). Intentó también poner fin a las injusticias cometidas por los ricos contra los pobres (cf. Neh 5) y restablecer el culto (cf. Neh 8-10). Es en este contexto de preocupación por la restauración del culto que podemos situar el pasaje que se nos propone como primera lectura de este tercer domingo del Tiempo Ordinario.

MENSAJE

Casi cien años después del regreso de los primeros retornados del exilio babilónico, la vida en Jerusalén sigue siendo desordenada y precaria. No es sólo la estructura social la que necesita ser rehecha; también la fe del Pueblo necesita revitalizarse: la Ley de Dios ha sido olvidada, el culto está desorganizado, los compromisos que Judá tiene con Dios son letra muerta... Judá necesita volver a la órbita de la “alianza” y reorganizar su existencia alrededor de Dios.

En este sentido, los jefes del pueblo –el gobernador Nehemías y el sacerdote Esdras– llaman a la comunidad a escuchar, en una lectura pública celebrada en la “plaza delante de la Puerta de las Aguas”, el “libro de la Ley de Moisés” (Neh 8,1). No se sabe a qué “libro” se refieren estos términos. Algunos ven en él el «libro de la Ley» que se encontraba en el Templo en tiempos del rey Josías (cf. 2 R 22, 8-13), y que corresponde a nuestro libro del Deuteronomio; otros, sin embargo, lo consideran una versión abreviada del Pentateuco actual. En todo caso, el escenario está preparado para una solemne “fiesta de la Palabra” que ayude al Pueblo a reconectarse con la Palabra de Dios y a recordar los compromisos asumidos con su Dios, pero que habían olvidado.

La comunidad, pues, se reúne para escuchar la lectura de la Palabra de Dios. La lectura se extiende “desde el amanecer hasta el mediodía”. Están presentes todos los miembros de la comunidad: hombres, mujeres y niños “*en edad de entendimiento*” (v. 2). El Pueblo de Dios es una comunidad que se reúne en torno a la Palabra y vive la escucha de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios interpela a todos, desafía a todos, guía a todos, muestra caminos. La proclamación de la Palabra se hace “*sobre una plataforma de madera especialmente construida*” (v. 4). El lector está en un “plano superior a todo el pueblo”, dominando la asamblea, de modo que todos sienten la autoridad de la Palabra proclamada y pueden escucharla sin obstáculos.

El libro es abierto con toda solemnidad por el sacerdote Esdras y el Pueblo se pone de pie para escuchar la Palabra. Después de que el sacerdote bendice al Señor, el pueblo aclama: “Amén, Amén”, mostrando su aceptación de la bendición hecha. Después, todos se postran rostro en tierra y adoran al Señor, presente en medio de la comunidad a través de su Palabra (v. 6). Los levitas leen la Palabra “clara y distintamente” y explican su significado, para que todos puedan “entender la lectura” (v. 8). Todo este escenario sugiere la centralidad de la Palabra en la vida de esa comunidad y la reverencia que la comunidad del Pueblo de Dios debe sentir ante la Palabra.

Finalmente, tenemos la respuesta de la comunidad a la Palabra proclamada: «*todo el pueblo lloró al oír las palabras de la Ley*» (v. 9). Escuchar la Palabra nos lleva a cuestionar nuestro modo de vivir, nuestras acciones, nuestras elecciones; y, al comprobar lo lejos que está la vida de las exigencias de Dios, el

Pueblo expresa su tristeza llorando. Este llanto, sin embargo, no es malo: es el fruto del arrepentimiento que lleva a la conversión. La Palabra es eficaz y conduce a la transformación de la vida. Finalmente, todo culmina en una gran celebración: el día “consagrado al Señor” es un día de alegría para la comunidad que se alimenta de la Palabra.

ACTUALIZACION

+En el siglo V a.C., Nehemías y Esdras sintieron que escuchar la Palabra de Dios podía ayudar al pueblo de Judá a afrontar la vida de una manera más comprometida, más veraz, más exigente y saludable. Aquella comunidad, carente de horizontes, de perspectivas y de esperanza, necesitaba reconectarse con Dios y con sus desafíos para construir una existencia feliz y significativa. No lo seremos hoy, en pleno siglo XXI, ¿en circunstancias similares? ¿No podría la Palabra de Dios ayudar al hombre contemporáneo a superar la desorientación, la falta de perspectivas, las contradicciones que marcan el camino que recorrimos en la historia? ¿Cómo ven los hombres y mujeres de nuestro tiempo la Palabra de Dios: como algo anacrónico, alejado de nuestra realidad, o como algo que puede guiarnos en el camino que conduce a la vida y a la felicidad? ¿Qué podemos hacer para que la Palabra de Dios sea escuchada y considerada hoy? +En el escenario preparado por Nehemías y Esdras para el “reencuentro” de Judá con la Palabra, se percibe claramente la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de aquella comunidad de fe. El Pueblo de Dios se construye y se articula en torno a la Palabra de Dios; es una comunidad que vive de la escucha y la acogida de la Palabra. No es posible pertenecer a la comunidad de Dios si la Palabra de Dios no está en el centro de nuestra experiencia de fe. ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en la vida de cada uno de nosotros? ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en la vida de nuestras comunidades cristianas? ¿Es la Palabra el centro alrededor del cual se articula todo? ¿Encontramos espacios para leer, reflexionar, compartir la Palabra? ¿Sentimos la necesidad de reunirnos el domingo, “día del Señor”, para escuchar y reflexionar la Palabra como comunidad?

+En nuestras comunidades cristianas hay personas que están especialmente al servicio de la Palabra de Dios: lectores, salmistas, predicadores, catequistas, diáconos, presbíteros... Como “servidores de la Palabra”, tienen una responsabilidad especial. Son responsables de proclamar la Palabra de Dios de una manera que todos puedan oír y entender. Si esto no sucede, estarán defraudando la Palabra de Dios y la comunidad que está dispuesta a escucharla. ¿Quiénes tienen la misión de anunciar la Palabra preparan adecuadamente el ambiente y los medios que ayudan a la escucha? ¿Proclaman la Palabra con claridad y distinción, sin gestos teatrales innecesarios? ¿Reflejan la Palabra y la explican de manera accesible para que toque a la asamblea que escucha? ¿Se preocupa adaptarlo a la vida?

+El pueblo reunido por Nehemías y Esdras para escuchar la Palabra de Dios acudió en gran número y acogió la proclamación de la Palabra con respeto e interés. Escuchó, interiorizó y se dejó interpelar por la Palabra que escuchó. “Se tomó en serio” ese encuentro con la Palabra de Dios. Él aprovechó esa oportunidad para alimentarse de la Palabra de Dios. En nuestras asambleas comunitarias, ¿se recibe la Palabra con veneración y respeto? Durante la proclamación de la Palabra, ¿escuchamos con atención o aprovechamos ese espacio para hacer nuestras devociones personales o para “viajar” por nuestros intereses y problemas?

Después de escuchar la proclamación de la Palabra de Dios, los habitantes de Jerusalén lloraron. Este llanto era resultado de la tristeza que sentían al darse cuenta de que sus vidas no estaban en línea con las propuestas de Dios. Darse cuenta de nuestros límites y debilidades es siempre el primer paso hacia la conversión. Escuchar la Palabra de Dios debe llevarnos a cambiar nuestro modo de pensar, de actuar y de vivir; Debemos cuestionar los valores que rigen nuestra vida y nos llevan a vivir de forma más coherente y consecuente. ¿Eso es lo que pasa? ¿Escuchar la Palabra transforma nuestro modo de vida o deja todo como siempre?

Salmo 18

R. Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna.
La ley del Señor es perfecta del todo
y reconforta el alma;

inmutables son las palabras del Señor
y hacen sabio al sencillo.

R. Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna.

En los mandamientos del Señor hay rectitud
y alegría para el corazón;
son luz los preceptos del Señor
para alumbrar el camino.

R. Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna.

La voluntad de Dios es santa
y para siempre estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos

y eternamente justos.

R. Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna.

Que sean gratas las palabras de mi boca,
y los anhelos de mi corazón.

Haz, Señor, que siempre te busque,
pues eres mi refugio y salvación.

R. Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna.

1Corintion 12,12-30

Hermanos: Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos ellos, a pesar de ser muchos, forman un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque todos nosotros, seamos judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo, y a todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu.

El cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si el pie dijera: “No soy mano, entonces no formo parte del cuerpo”, ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Y si el oído dijera: “Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo”, ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿con qué oiríamos? Y si todo el cuerpo fuera oído, ¿con qué oleríamos? Ahora bien, Dios ha puesto los miembros del cuerpo cada uno en su lugar, según lo quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

Cierto que los miembros son muchos, pero el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decirle a la mano: “No te necesito”; ni la cabeza, a los pies: “Ustedes no me hacen falta”. Por el contrario, los miembros que parecen más débiles son los más necesarios. Y a los más íntimos los tratamos con mayor decoro, porque los demás no lo necesitan. Así formó Dios el cuerpo, dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no haya división en el cuerpo y para que cada miembro se preocupe de los demás. Cuando un miembro sufre, todos sufren con él; y cuando recibe honores, todos se alegran con él.

*Pues bien, ustedes son el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro de él. En la Iglesia, Dios ha puesto en primer lugar a los apóstoles; en segundo lugar, a los profetas; en tercer lugar, a los maestros; luego, a los que hacen milagros, a los que tienen el don de curar a los enfermos, a los que ayudan, a los que administran, a los que tienen el don de lenguas y el de interpretarlas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos el don de curar? ¿Tienen todos el don de lenguas y todos las interpretan? **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

La comunidad cristiana de Corinto, nacida de la obra misionera de Pablo entre el otoño del año 50 y la primavera del año 52, era vivaz, interesada y fervorosa; pero era consciente de varios problemas que resultaban, en gran parte, del entorno social y cultural que existía en la ciudad. En Corinto se veía claramente los problemas que la propuesta cristiana debía afrontar al encontrarse con una cultura diversa, como era el caso de la cultura helénica.

Uno de los problemas que afectaba la vida comunitaria provenía de una concepción errónea de los “carismas” y del modo como debían ser vistos en un contexto comunitario. Pablo aborda esta cuestión en los capítulos de la Primera Carta a los Corintios, entre 12,1 y 14,40.

La palabra “carisma” designa dones especiales concedidos gratuitamente por el Espíritu a un individuo determinado, destinados a responder a las necesidades del mundo y, en particular, a la edificación de la comunidad cristiana. En las cartas de Pablo se habla con insistencia de los “carismas” que animaban la vida y el dinamismo de las comunidades cristianas.

La comunidad cristiana de Corinto se sintió especialmente bendecida por estos dones del Espíritu. Sin embargo, los corintios a menudo confundían “carismas” con ciertos fenómenos de exaltación religiosa bastante comunes en la religión tradicional griega. Pablo se siente obligado a decir a los cristianos de Corinto que los “carismas” dados por el Espíritu no pueden llevar a prácticas incompatibles con el

Evangelio de Jesús. Los carismas que conducen a la profesión de fe en Jesús y a la construcción de la comunidad cristiana son verdaderos.

Por otra parte, los “carismas” con los que algunos creían estar investidos por el Espíritu eran a menudo factores de división y de conflicto. Considerándose “elegidos por Dios”, algunos “carismáticos” reivindicaron un papel protagónico que dañó la comunión fraterna. Presentándose como mensajeros indiscutibles de las cosas divinas, asumieron actitudes de autoritarismo y arrogancia que no favorecían la fraternidad; despreciaban a quienes no habían sido dotados de estos dones, considerándolos como “cristianos de segunda clase”, limitados a un lugar subordinado en el contexto comunitario.

Pablo busca hacer comprender a los corintios la necesidad de una comunidad unida y fraterna, donde todos los miembros estén plenamente integrados y donde todos contribuyan al bien de todos. En este sentido, utiliza una metáfora frecuentemente utilizada por los escritores antiguos, particularmente los filósofos estoicos (como Séneca, Marco Aurelio, Epicteto): la comunidad es como un cuerpo, formado por muchos miembros, y donde todos los miembros realizan diferentes funciones.

MENSAJE

Todo “cuerpo” está formado por una pluralidad de miembros. Todos ellos, cada uno a su manera, son parte del cuerpo. Los miembros del “cuerpo” no son independientes, no viven para sí mismos, al margen del todo o en conflicto con el resto del “cuerpo”. Son diferentes y tienen funciones diferentes; pero la diferencia y diversidad de funciones de los miembros está al servicio de todo el “cuerpo”, del bien común. Cada miembro, desempeñando su función asignada, trabaja en beneficio de todo el “cuerpo”. Los miembros del “cuerpo” no pueden dividirse, cada uno velando por sus propios intereses. Tampoco hay miembros “superiores” y “inferiores”. No hay miembros “indecentes” ni miembros “dignos”. Todos los miembros “cuentan”, cada uno tiene un papel decisivo. La supervivencia del “cuerpo” depende de la armonía y el buen funcionamiento de todos los miembros que lo componen. Los miembros se necesitan unos a otros y por lo tanto deben preocuparse por los demás y valorarse mutuamente. La unidad fundamental debe ir pues de la mano del pluralismo y de la preocupación por el bien común.

Pablo aplica todo esto a la comunidad cristiana, el “cuerpo de Cristo” (*“ustedes son el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro de él – v. 27”*). El “cuerpo de Cristo” está formado por muchos miembros. Todos son diferentes y tienen diferentes roles en la comunidad. La diversidad de funciones está al servicio de la construcción comunitaria y la armonía. Bautizados en un mismo y único Espíritu, todos los miembros de la comunidad – independientemente de su origen, de su situación social o del papel que desempeñan – forman parte del mismo “cuerpo” y son iguales en dignidad.

En este “cuerpo” que es la comunidad cristiana debe manifestarse el Cristo total. Ahora bien, ¿puede Cristo estar dividido? ¿Puede el cuerpo de Cristo identificarse con el conflicto y la rivalidad? ¿Es posible que el cuerpo de Cristo dé al mundo un testimonio de egoísmo, de individualismo, de orgullo, de autosuficiencia, desprecio por los pobres y los débiles? ¿Es posible considerar que una parte del “cuerpo de Cristo” tenga una dignidad superior a otra parte del mismo “cuerpo”?

El cuerpo de Cristo (la Iglesia) es una comunidad de hermanos y hermanas que reciben de Cristo y comparten la vida que los une. Al ser una pluralidad de miembros, con diferentes funciones, se respetan, se apoyan, se solidarizan y se aman. Las palabras “solidaridad”, “participación”, “corresponsabilidad”, definen la cadena de relaciones que une a los miembros del “cuerpo de Cristo”; y también definir el papel y el compromiso de cada miembro del “cuerpo” en la construcción de la comunidad.

Habiendo definido la igualdad en la dignidad de todos los miembros del “cuerpo”, Pablo puede ahora, sin ser malinterpretado, definir una jerarquía de “carismas” (vv. 28-30). Obviamente, los “carismas” presentados en primer lugar son los que conciernen a la Palabra, al anuncio de la Buena Noticia (“apóstoles”, “profetas”, “doctores”). Esto significa que el “cuerpo de Cristo” es verdaderamente la comunidad que nace de la Palabra y que se nutre de la Palabra: todo lo demás queda en segundo plano frente a la Palabra creadora y vivificante que Dios dirige a la comunidad. Lo fundamental es que la comunidad crezca de forma fraterna, armoniosa, fiel a Dios y a sus proyectos.

ACTUALIZACION

+Es muy bella la imagen que utiliza Pablo para hablar de la Iglesia: un “cuerpo” (el “cuerpo de Cristo”), formado por muchos miembros, todos animados por el mismo principio vital, el Espíritu; cada uno de los miembros desempeña una función específica; todos estos miembros, con diferentes funciones, son iguales en dignidad y ninguno de ellos puede considerarse superior a los demás; todos ellos, en su diversidad de funciones, contribuyen a su manera al crecimiento, equilibrio, armonía y salud del “cuerpo”. Esta concepción de la Iglesia excluye, en principio, todo lo que signifique egoísmo, salvaguarda de intereses mezquinos, envidias, celos, conflictos, afirmación de sí en detrimento de los demás, autosuficiencia... ¿Cómo viven y se articulan nuestras comunidades cristianas? ¿Dan al mundo un testimonio de armonía, comprensión, comunión y vida fraterna? ¿Tienen sentido las palabras “solidaridad”, “participación”, “corresponsabilidad” para definir el marco de nuestra comunidad cristiana?

+La comunidad cristiana es el “cuerpo de Cristo”. El “cuerpo” es la realidad que nos identifica, que nos hace visibles a los ojos de nuestros hermanos, que nos permite entrar en relación con quienes nos rodean. La Iglesia, como “cuerpo de Cristo”, hace presente y visible a Cristo mismo en el mundo; es a través de la Iglesia que nuestros hermanos se relacionan con Cristo. Quien mira a la Iglesia debe “ver” el rostro de Cristo que sonríe con amor, el corazón de Cristo que acoge y perdona, las manos de Cristo que bendicen y abrazan... ¿Es esto lo que sucede? ¿Es la Iglesia —esta Iglesia de la que somos miembros— la presencia de Cristo entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo? ¿Es la Iglesia la imagen visible de Cristo, de su proyecto de vida, de la propuesta de salvación que Él vino a ofrecer a todos? La Iglesia muestra, con vivacidad y colorido, la misericordia, el cariño, la ternura y la comprensión que Cristo tuvo por todos los hombres y mujeres, y particularmente por los pobres, los más vulnerables, aquellos a quienes la sociedad condena y abandona al margen del camino, de la vida?

+El Espíritu distribuye “carismas” (dones espirituales) a los miembros de la comunidad cristiana. Estos “carismas” no son recompensas personales por buena conducta, ni son pagos por servicios distinguidos; no tienen por objeto distinguir a un miembro de la comunidad por sobre los demás; no son una promoción personal o social... Los “carismas” son dones que Dios confía a determinadas personas para el servicio de toda la comunidad. Quien los recibe asume la responsabilidad de ponerlos a trabajar para que toda la comunidad se beneficie de ellos. ¿Cómo comprender y “gestionar” los dones que Dios nos confía? ¿Los ponemos al servicio de todos, gratuitamente y sin interés alguno?

+Los miembros de un “cuerpo”, aunque diferentes y con funciones diferentes, viven en interdependencia. Esto es particularmente cierto en el «cuerpo de Cristo»: los miembros de la comunidad cristiana se sienten unidos entre sí por vínculos de comunión, solidaridad, participación y afecto mutuo. Se preocupan el uno por el otro, cuidan el uno por el otro, se interesan el uno por el otro. Son una familia que, viviendo el amor, da testimonio de Dios en medio del mundo. ¿Es eficaz nuestra comunión y solidaridad con los demás miembros de la comunidad? ¿Nos sentimos responsables de nuestros hermanos y hermanas que, como nosotros, forman parte del “cuerpo de Cristo”? ¿Los dramas y los sufrimientos, las alegrías y las esperanzas, los proyectos y los sueños de otros hombres y mujeres que recorren nuestro camino son vistos como algo que nos concierne?

Si un miembro de un “cuerpo” no cumple su función prevista, todo el “cuerpo” resulta dañado. Al construir la comunidad cristiana, ¿buscamos cumplir nuestra misión, con sentido de responsabilidad, o permanecemos pasivos y complacientes, esperando que otros lo hagan todo? ¿Somos miembros activos de la comunidad, trabajando y sirviendo a la comunidad, o somos simplemente “consumidores” que nos limitamos a “asistir a la iglesia” y beneficiarnos del trabajo de otros?

Lucas 1,1-4; 4,14-21

Muchos han tratado de escribir la historia de las cosas que pasaron entre nosotros, tal y como nos las transmitieron los que las vieron desde el principio y que ayudaron en la predicación. Yo también, ilustre Teófilo, después de haberme informado minuciosamente de todo, desde sus principios, pensé escribírtelo por orden, para que veas la verdad de lo que se te ha enseñado.

(Después de que Jesús fue tentado por el demonio en el desierto), impulsado por el Espíritu, volvió a Galilea. Iba enseñando en las sinagogas; todos lo alababan y su fama se extendió por toda la región. Fue

también a Nazaret, donde se había criado. Entró en la sinagoga, como era su costumbre hacerlo los sábados, y se levantó para hacer la lectura. Se le dio el volumen del profeta Isaías, lo desenrolló y encontró el pasaje en que estaba escrito: El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar a los pobres la buena nueva, para anunciar la liberación a los cautivos y la curación a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor.

Enrolló el volumen, lo devolvió al encargado y se sentó. Los ojos de todos los asistentes a la sinagoga estaban fijos en él. Entonces comenzó a hablar, diciendo: “Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír”.? Palabra del Señor.

AMBIENTE

A lo largo de este año litúrgico (Año C), la liturgia nos invita a escuchar y reflexionar sobre el Evangelio según Lucas. **Lucas es el patrón de nuestra parroquia.** Lucas el evangelista que nos dejó el tercer Evangelio, no fue testigo ocular de Jesús; era un cristiano de segunda o tercera generación, médico de profesión (cf. Col 4,14), que llegó a ser discípulo y colaborador de Pablo (Flp 24). Escribió su Evangelio a mediados de los años ochenta del siglo I, probablemente para las comunidades cristianas de habla griega. Después de habernos presentado, en el Evangelio, el “tiempo de Jesús”, Lucas nos ha dejado otra obra – los Hechos de los Apóstoles – donde nos habla de la etapa sucesiva de la historia de la salvación: el “tiempo de la Iglesia”, la fase en la que los discípulos, guiados por el Espíritu, dan testimonio de Jesús «hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

El Evangelio de hoy consta de dos pasajes diferentes.

Al inicio, un «prólogo» literario donde el evangelista, al mejor estilo de los escritores griegos de la época, presenta su obra (cf. Lc 1,1-4). Menciona las razones que te llevaron a escribir el Evangelio y las fuentes que contó para componerlo. Dirige la obra a un tal “Teófilo”, que podría ser una persona concreta o un nombre ficticio (la palabra significa “amigo de Dios”) para designar a todo aquel que esté interesado en conocer la vida y obra de Jesús.

Pero, inmediatamente después del “prólogo”, el texto litúrgico de este domingo salta al momento en que Jesús, en la sinagoga de Nazaret, presenta su “programa” (cf. Lc 4,14-21). Nazaret, la tierra donde Jesús pasó gran parte de su vida, era un pequeño pueblo, de unos 500 habitantes, situado en la Baja Galilea. La mayoría de sus habitantes eran agricultores que cuidaban tierras pertenecientes a grandes terratenientes; algunos, sin embargo, eran “artesanos” que trabajaban en diversos oficios relacionados con la construcción civil. La sinagoga era el lugar de reunión de la asamblea de creyentes. El sábado, la comunidad se reunió en la sinagoga para orar y escuchar las lecturas de la Ley y de los Profetas, con el respectivo comentario. La proclamación de las lecturas la hacía algún miembro más culto de la comunidad o algún visitante ilustre, conocido por sus conocimientos en la explicación de las Escrituras, invitado por el líder de la sinagoga para proclamar y explicar la Palabra de Dios.

CLAVE DE LECTURA: CONTEXTO HISTÓRICO

El episodio de la sinagoga de Nazaret es incluso un marco programático que nos da después la clave de lectura de lo que sucederá en el curso del evangelio lucano. El enganche al Profeta Isaías es fundamental, porque se revela la continuidad de la historia humana de Dios. El desarrollo de los gestos de Jesús, puestos en paralelo, *se alzó y abrió el libro*, (v.17), *cerró el libro y se sentó* (v.20), da a la narración un carácter litúrgico, conocido, pero nuevo al mismo tiempo. En la homilía que actualiza la profecía emerge la novedad. Hoy, palabra determinante en Lucas, expresa la propuesta cumplida por Dios en Cristo. Y delante a este hoy, las reacciones inmediatas serán de estupor y asombro, de maravilla y escándalo hasta el rechazo ya envuelto en la pregunta que seguirá a la proclamación de Jesús, pregunta suspendida en el aire, que no recibe respuesta: *¿No es éste el hijo de José?* (v.22). El contraste con la Palabra proclamada por un hombre que tiene sobre sí el Espíritu del Señor, consagrado con la unción, enviado para una misión específica que tiene sabor mesiánico: llevar el alegre anuncio, enviar, proclamar.... impone un conflicto de identidad.

CONTEXTO LITERARIO

El episodio no tiene una precisa correspondencia en los sinópticos. La visita de Jesús a Nazaret en Mateo 13,53-58 y en Marcos 6,1-6a se limita al interrogativo sobre la procedencia de Jesús y a su rechazo. No hay una descripción del rito en la sinagoga, ni de las palabras dichas por Jesús para interpretar y actualizar la Palabra sagrada. La concordancia está, más allá de la diversidad de los contextos, en el rechazo de Jesús por parte de los Nazarenos.

Con el discurso de Jesús en Nazaret, Lucas intenta introducir e iluminar todo el misterio público de Jesús. Isaías 61,1-2 contiene en síntesis los grandes temas que caracterizan su evangelio y los que le son más queridos: el Espíritu Santo, la unción mesiánica, la liberación escatológica, el gozo mesiánico, la intervención divina en favor de los pobres y de los oprimidos, la proclamación del año de gracia. Aquel programa que en Marcos se ha inaugurado con la proclamación: “*El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca, conviértanse y crean al evangelio*” (Mc 1,14-15) y en Mateo se desarrolla en el discurso de la Montaña (Mt 5,1-48), en Lucas se ofrece en el centro del culto hebraico: lo que se cumple no es el tiempo, sino la Escritura. Se le propone a quien lee, la necesidad de “caminar” junto a Cristo, imitándolo por el camino de la conformidad a la voluntad del Padre. Jerusalén, meta de un largo viaje (Lc 9,51-18,14), que conduce a Jesús al momento decisivo de su vida, es punto de llegada de su quehacer terreno (Lc 24) y punto de partida de la vida de la Iglesia naciente (Acta 1-2).

GÉNERO LITERARIO

Se puede reconocer en el pasaje una pequeña unidad literaria. La intervención redaccional de Lucas, que parte de datos tradicionales sigue un intento propio. El diseño unitario de las dos partes demuestra claridad en el interior y delineación precisa al exterior. Para Lucas son inseparables las áreas de preguntas: ¿Quién es Jesús? y ¿A quién está destinada su obra? Es muy fuerte la relación entre palabra y acción, acción dramática de un anuncio que se actualiza en la vida. El episodio intenta introducir el ministerio público de Jesús casi limitándolo a aquellas actividades que rozan los confines de su pertenencia a Israel. El Espíritu que desciende abundantemente sobre Jesús: en el nacimiento (1,35), en el bautismo (3,22), durante la tentación (4,1) y al comienzo de su misión (4,14), es el Espíritu del que habla Isaías (v.18) que aclara la acción de Dios. Una acción que no tiene confines étnicos y que no busca notoriedad, sino que se dirige a los que están necesitados de salvación: pobres, prisioneros, ciegos, oprimidos, para inaugurar el tiempo de gracia del Señor. El profeta enviado por Dios está libre de toda pretensión limitante y obligante. De un culto sinagogal incapaz de acoger la Palabra antigua que se cumple hoy, se pasa al culto del seguimiento por los caminos del mundo. Jesús se va, sigue su camino, que de Jerusalén lo conducirá a los extremos confines de la tierra a través de la evangelización de los suyos.

ANÁLISIS DETALLADO DEL TEXTO

Analizando de forma detallada los versículos del texto, se ven peculiaridades notables que encuadradas en el contexto histórico, hacen del cuadro de la sinagoga de Nazaret una síntesis del evangelio en cuanto a contenidos y sucesos.

v. 16: La sinagoga resulta ser el lugar frecuentado por Jesús. Aquí, desde los primeros años de su juventud, Él ha escuchado la Palabra de Dios y la interpreta según la tradición del pueblo. Es significativo el hecho de que Jesús busque el centro del culto. Todo hebreo adulto podía tomar la palabra, los jefes de la sinagoga generalmente confiaban este papel a los que fuesen expertos en las Escrituras. El hecho de que Jesús se levante para leer, indica que era costumbre en Él hacerlo, como le era habitual ir a la sinagoga cada sábado. El inciso “*según su costumbre*” da mucha fuerza al versículo, de modo que se puede presumir que el que lee y habla no es un cualquiera, sino un hijo de Israel experto en la lectura e interpretación de la Torah o de los Profetas. La fe cristiana nace por tanto de representantes fieles del pueblo de Israel, en los cuales la espera ha llegado a la madurez. Todos los personajes de Lucas son auténticos israelitas: Zacarías, Isabel y Juan, María José y Jesús, los Apóstoles y después en los Hechos, Pablo. Es “*un acostumbrado*” que lleva consigo algo nuevo. La sinagoga es el lugar de donde sale el anuncio para extenderse a las ciudades de Judá y de Galilea, a todo Israel y hasta los confines del mundo.

v. 17-19: Jesús encuentra el pasaje de Isaías 61,1-2 que probablemente se refiere a la consagración de un profeta (cfr 1 Re 19,16). Lucas elimina de la cita de Isaías el fin amenazador, porque no interesa a su propósito: subrayar que la enseñanza de Jesús toma su inicio de la Escritura (17-19 25-27) y se vuelve actual en su Persona. Las palabras de Isaías sobre sus labios adquieren pleno significado y resumen su misión: lleno de Espíritu (cfr 4,1), ungido del Señor, es enviado a anunciar a los pobres un alegre mensaje, la liberación de los prisioneros y oprimidos, la vista a los ciegos, a predicar el tiempo de gracia del Señor.

v. 20: La descripción detallada de los gestos evidencia lo que está por venir. Jesús habla sentado, la posición típica del que enseña. Los ojos fijos en Él, preparan a la importancia de lo que Jesús está por decir. Homilía breve la suya, pero comprometedora. El movimiento caracteriza este pasaje de Lucas. Jesús viene, entró, se levantó, se sentó, pasó entre ellos, se fue. También los nazarenos se levantan, pero para atraparlo. Claro contraste. Jesús se levanta para leer, los hombres se levantan para alejarlo. La espera descrita en este versículo: *“Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él”*, termina en rechazo. El problema no está en el anuncio, ya conocido y fuente de esperanza para los piadosos israelitas, sino en el anunciador que lo hace suyo.

v. 21: Jesús no comenta las palabras de Isaías, sino que las actualiza. Su palabra es palabra-acontecimiento – *rhema* – (Ac 10,37), una palabra que es ya salvación. La profecía se convierte en vida, es un hecho. La interpretación de Jesús supera toda expectativa. En la Palabra está presente el hoy, aquel hoy típico del evangelista que es el hoy de la salvación, el hoy del cumplimiento en correspondencia con lo escuchado (cfr Rom 10,17). Es esencial para Lucas la escucha. Y la realización de las promesas antiguas que se repite en toda la obra lucana (Lc9,51; Act 2,1; 19,21) es para los que escuchan: los anawin, los pobres, los oprimidos, los preferidos de Jhwh (Is 11,4; 29,19) y ahora los preferidos de Jesús (Mt 11,28).

Reflexión: Ejemplo de actualización es la exégesis hecha por el mismo Jesús sobre Is 61, que revela el mesianismo presente y el recurso a los pasajes de la Escritura para iluminar la situación actual. Autoridad creativa la de Cristo, que pide al hombre el adecuar la propia vida al mensaje, aceptando al Ungido de Dios y renunciando a la presunción de reducirlo a su dimensión. Esta perspectiva pragmática es la clave para la actualización en todo tiempo: el hoy de la salvación resuena allí donde llega la predicación. Como también la acogida y el compromiso. En la sinagoga de Nazaret se oyen las respuestas fundamentales del hombre que espera encontrar la salvación. Jesús es enviado por Dios, sostenido por el Espíritu Santo. La unción dice que Él es el Cristo. En Él se cumplen las Escrituras. Es el hoy de Dios que llena la historia de un pasado conseguido por la madurez en Cristo y se derramará en el hoy cotidiano del mañana, que es el tiempo de la Iglesia, enviada también ella, como Palabra profética, sostenida por el Espíritu Santo. Mensaje esplendente que nos trae Lucas en este episodio es la Escritura. Ella contiene todo el secreto de Dios que vive desde la eternidad y que se hace uno entre los hombres.

MENSAJE

En el “prólogo” del Evangelio, Lucas comienza presentando el objetivo de su escrito: narrar *“la historia de las cosas que pasaron entre nosotros”* (Lc 1,1). ¿Cuáles son estos hechos? Son, evidentemente, los hechos que se refieren a Jesús (su vida, sus propuestas, su proyecto, su destino), tal como fueron transmitidos por los *“que las vieron desde el principio”*, aquellos que vieron y oyeron a Jesús y que se convirtieron en *“servidores de la Palabra”*. (Lc 1,2). De hecho, Lucas se tomó la molestia de investigar, *«después de haberme informado minuciosamente de todo, desde sus principios»* (Lc 1,33), para ayudar a todos aquellos que se interesan por Jesús a tener un «conocimiento seguro» de las cosas que les han sido enseñadas (Lc 1,4). En una época (los años ochenta del siglo I) en la que los “testigos oculares” de Jesús prácticamente habían desaparecido y empezaban a surgir herejías y desviaciones doctrinales que ponían en tela de juicio la identidad cristiana, tenía sentido recordar a los creyentes sus raíces y la solidez de la doctrina recibida de la tradición apostólica; sin embargo, la obra de Lucas no termina ahí, ya que está dirigida a discípulos de cualquier época, interesados en encontrar a Jesús, conocerlo y seguirlo. El trabajo serio de Lucas garantiza la autenticidad de la fe que nos ha sido transmitida.

El Evangelio de este domingo nos lleva directamente al inicio de la vida pública de Jesús. Jesús había pasado tiempo con Juan el Bautista en el desierto de Judá; pero, consciente de que el Padre tenía un plan para él, regresó a Galilea. En un breve resumen, Lucas describe los primeros pasos de la actividad profética de Jesús en Galilea: movido por el Espíritu, predica en las sinagogas y suscita la admiración de todos los que le escuchan (Lc 4,14-15).

¿Qué quería Jesús con su predicación? ¿Cuál fue la propuesta que trajo a quienes estaban dispuestos a escucharlo? ¿A quién se dirigía? Para responder a estas preguntas, Lucas nos lleva a la sinagoga de Nazaret donde, un sábado por la mañana, Jesús participa en el servicio de la sinagoga con sus compatriotas. Tal vez por invitación del jefe de la sinagoga, Jesús “se levantó a leer” (Lc 4,16). Le entregaron el libro del profeta Isaías y Jesús leyó el pasaje de Isaías 61:1-2. ¿Era ésta la lectura prevista para ese sábado en la liturgia de la sinagoga? ¿Fue una lectura elegida por Jesús? No lo sabemos. El procedimiento que sigue Jesús nos da derecho a creer que fue Él quien eligió el texto.

Para los contemporáneos de Jesús, las primeras palabras del oráculo de Isaías que Jesús leyó aludían a un profeta que vendría a inaugurar una era de prosperidad, justicia, paz y vida abundante. Este profeta, ungido e impulsado por el Espíritu de Dios, tendrá como misión “anunciar la Buena Nueva a los pobres”, “proclamar la libertad a los cautivos”, “dar la vista a los ciegos”, “devolver la libertad a los oprimidos”, “para proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). En el comentario de este texto, Jesús asocia este profeta a su propia persona y relaciona la misión de este profeta con su propia misión: «*Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír*» (Lc 4,21).

El “programa” que Jesús se propone realizar tiene pues varios puntos. Se trata, ante todo, de anunciar la “buena noticia” a los pobres. Los “pobres” (*ptochoi*) son aquellos que, privados de bienes materiales y de “seguridades” humanas, viven pobremente, con humildad y sencillez. A menudo son heridos y explotados por los ricos y poderosos y esperan ansiosamente la liberación que sólo Dios puede ofrecerles. Sus corazones están siempre abiertos a recibir los dones de Dios y, por su situación de necesidad y debilidad, son los preferidos de Dios. Éstos son los primeros –aunque no los únicos– destinatarios de la “buena noticia” que Jesús quiere presentar al mundo. El “programa” de Jesús también implica traer redención a los cautivos, iluminar a los que viven en un mundo de tinieblas y liberar a todos aquellos que están presos en cualquier tipo de cadenas o servidumbre; los enfermos, a aquellos que la sociedad y la religión marginalizan y condenan, a quienes no tienen lugar ni voz en la sociedad de su tiempo, a quienes son despreciados y explotados por los poderosos, a quienes son víctimas de todas las injusticias, a quienes son menospreciados y deshumanizados por el mal, a quienes viven en segunda clase porque injustamente son llamados “ilegales” y temen la deportación, a quienes viven en una noche sin esperanza. Con su acción, con su actividad salvadora y sanadora, Jesús inaugurará un año “jubilar”, un tiempo nuevo de salvación, de nuevos comienzos, de perdón de todas las deudas y de todos los pecados, de liberación de todo lo que roba al hombre la vida y la felicidad. Éste será a partir de ahora, de modo absoluto e irrevocable, el “programa” de Jesús: la construcción del reino de Dios.

ACTUALIZACION

*Estamos más que acostumbrados a la presentación de “programas”: cualquier figura que se proponga intervenir en la esfera pública y desempeñar un papel en la construcción del mundo y de la sociedad presenta, antes de empezar a actuar, los principios programáticos que guiarán su intervención. Según el Evangelio de Lucas, también Jesús hizo lo mismo un sábado por la mañana, en la sinagoga de Nazaret. Sin embargo, el “programa” de ese profeta de Dios es sorprendente: no se trata de establecer un sistema religioso más perfecto, ni de implementar una forma de culto más digna, ni de proponer determinadas prácticas de piedad que hagan al hombre más santo; pero implica poner fin a todo lo que roba la vida y la dignidad de los seres humanos. El profeta de Nazaret se propone anunciar a los pobres que Dios los ama y los liberará de su triste situación; se propone curar a hombres y mujeres prisioneros de la enfermedad, del mal, del egoísmo, de la injusticia; se propone iluminar los caminos que recorren los hombres, para que nadie viva prisionero de la oscuridad y del sinsentido; Tiene como objetivo crear un mundo más humano, más justo y feliz. ¿Qué pensamos del “programa” de Jesús? ¿Será un “programa” viable en nuestro “hoy”,

en el siglo XXI? ¿Por qué los hombres y mujeres de nuestro tiempo no han abrazado aún con decisión la propuesta de Jesús?

*El “programa” de Jesús sigue siendo el mismo, dos mil años después. La cuestión es que ahora es la Iglesia de Jesús la que tiene la responsabilidad de implementar este “programa”. Esto de ofrecer a los pobres una nueva esperanza, de liberar a los hombres y mujeres prisioneros de la injusticia y de la opresión, de proporcionar a todos una vida más digna y feliz, de defender a los excluidos de la sociedad del bienestar, de acoger e integrar a los “diferentes” y marginados, no es una cuestión de ideologías provenientes de un determinado sector político, sino que es una cuestión “de Jesús”. O la comunidad cristiana tiene en su “programa” la liberación de los “pobres”, o deja de ser la Iglesia de Jesús. ¿Se ha preocupado la Iglesia de proclamar el “evangelio de la liberación”? ¿Nos hemos preocupado lo suficiente por el destino de los pobres, los pequeños, los excluidos, los sin voz, los abandonados, los marginados, los migrantes que llaman cada día a la puerta de nuestro mundo egoísta y saciado? ¿Qué más puede hacer la Iglesia para ser signo de la misericordia y del amor de Dios hacia los desfavorecidos y los que sufren?

*El sufrimiento de muchos hombres y mujeres que nos rodean es una espina en nuestro bienestar y nuestra paz mental. Jesús nunca fue indiferente ante las lágrimas, la angustia y el sufrimiento de ningún hombre o mujer. Los evangelios nos dicen que Él se sintió “profundamente conmovido” y tomó una posición para restaurar la vida y la esperanza a todos los que estaban sufriendo. Personalmente, ¿cómo afrontamos las necesidades clamorosas de tantos hombres y mujeres sin pan, sin techo, sin amor, sin comprensión, que se cruzan con nosotros en los caminos de la vida? ¿Sentimos que el sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas que nos rodean nos concierne y es nuestra responsabilidad?

*Jesús, en la sinagoga de Nazaret, después de proclamar la Palabra de Dios, la actualiza: «Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír». La Palabra escuchada se aplica al hoy del creyente, ilumina la vida, se convierte en anuncio feliz y renovador que trae alegría y despierta esperanza. ¿En nuestras comunidades cristianas, quienes anuncian la Palabra, quienes la explican en las homilías, quienes la enseñan en la catequesis, quienes la comparten en los grupos de reflexión, tienen siempre esta preocupación de hacer de ella una realidad “conmovedora” y un anuncio verdaderamente transformador e inspirador, capaces de iluminar la vida de quienes los escuchan?

*Lucas, en el “prólogo” de su Evangelio, explica que la narración que se propone hacer sobre la vida y el mensaje de Jesús se basa en la escucha de “testigos oculares” y en una atenta investigación de los acontecimientos sucedidos. El objetivo de su obra es proporcionar a todos aquellos que estén interesados en acercarse a Jesús una base segura sobre la que fundamentar su adhesión a Jesús. ¿Qué papel juegan los textos evangélicos en nuestra experiencia de Jesús? ¿Buscamos escucharlos, conocerlos, meditarlos, para convertirnos en verdaderos discípulos, que comprendan a Jesús y estén dispuestos a acoger la propuesta liberadora que Él vino a traer?